EL DIABLO DIJO NO

(El mismo decorado que en las primeras escenas y en las últimas de la película de ese título. La escena representa, pues, el despacho del riquísimo Demonio: un gran despacho de película, amplio, monumental, con el piso muy reluciente, una gran mesa de banquero de película, con teléfonos, timbres, etc.; uno de esos despachos, en fin, que suelen tener las personas que tan necesitan despacho. Lucifer viste de chaqué, como el gerente de un hotel de lujo en San Francisco. Está sentado detrás de su imponente mesa. Frente a él dos personajes bastante averiados, llenos de chichones y quemaduras, cada uno con un ojo a la funerala; los trajes rotos, cubiertos de polvo y chamuscados).

Lucifer (dirigiéndose al más alto de los dos personajes).—*Es inútil que insista... Si el portero los ha dejado entrar es porque ha tomado a usted por Charlot... ¿Como se habla ahora tanto de él por eso de la paternidad?... Pero si hubiera sabido quiénes eran, no hubiera entrado usted... Ya había dado yo órdenes terminantes.*

Hitler.—*¿Entonces, dónde vamos a ir?* (con desaliento) *En el cielo ni siquiera nos han abierto la portería... En el purgatorio no han querido saber nada de nosotros... Y ahora tampoco nos deja usted entrar aquí!*

Goebbels (a su compañero).—*Déjame hablar, mein Fuehrer, y verás cómo lo convenzo... Es una cuestión de propaganda.* (Preparándose para soltar un discurso) *¡Heil Hitler!*

Lucifer.—*Usted se calla o le tiro un teléfono a la cabeza. ¿Cree usted que aquí somos tan idiotas como en la tierra? ¿A mí me va usted a convencer con discursos de tacamuelas?*

Hitler (aparte, a su compañero).—*Cállate, doctor.* (A Lucifer) *Ya veo que no está dispuesto usted a escuchar las razones del doctor, que es un as en eso de la propaganda... Pero tenga usted que tan escuchará, porque mis razones son la fuerza... Vendremos aquí con tanques, cañones, aviones, paracaidistas y bombas cohetes. Abriremos el fuego y veremos si nos admite o no!*

Lucifer.—*Pero cree usted que va a asustarme con hacer fuego en el Infierno?* (Riéndose diabólicamente) *Já, já, já... ¡Fuego en el Infierno!*

Goebbels (aparte a Hitler).—*A este tío no se le asusta como a Chamberlain,...*

Hitler (humildemente).—*Pero usted no nos puede dejar así, sin tener a dónde ir... Nosotros hemos sido sus mejores aliados en la tierra... Ya se lo hemos convertimos aquello en un infierno... Yo soy católico, y un católico muerto no puede ir más que al cielo, al purgatorio o al infierno. Como en los otros dos sitios no me quieren, aquí me quedo. ¡Estaría bueno que no tuviese yo derecho a entrar en el infierno!*

Lucifer (con energía).—*He dicho que no, y no... Aquí mando yo.*

Hitler (insinuante).—*Le advierto que ya le puedo ser muy útil... Y aquí, el doctor, también... Usted necesita espacio vital y, para conseguirlo, nosotros podríamos organizarle en seguida una de esas blitzkrieg que quitan la cabeza... Además, ya sabemos que aquí hay algunos demonios que no son arios puros... Eso se arregla pronto... Unos grupos de concentración, unas cámaras...* (guiñándole el ojo morado a Goebbels) *¿Eh, doctor?... Y cuando hayamos hecho aquí la unidad del IV Reich ya la guerra con la Corte Celestial. ¿Cómo vamos a tolerar que haya un poder divino superior al de usted?*

Lucifer (irritado).—*¡Alto ahí! ¿Qué insinuaciones está usted diciendo? ¿Usted cree que un negocio como éste se puede poner en manos de un loco como usted?*

Goebbels (tímidamente).—*Si me permite hablar...* (preparándose para soltar un discurso) *¡Heil Hitler!* Lucifer le tira un teléfono a la cabeza, y Goebbels se calla).

Lucifer (dirigiéndose nuevamente a Hitler).—*¿Usted cree que yo podría vivir sin el cielo, que Dios podría vivir sin mí? En esta otra vida toda está armonizado, ordenado, y aquí se respetan las leyes, las situaciones... Sin el concepto del bien, no existiría el concepto del mal, y el infierno estaría de sobra. Y viceversa. ¿Cree usted que durante siglos han estado quemándose las cejas los sabios de la tierra, para que ahora desbarate usted todo esto en menos tiempo que necesita un cura lo-*

co para decir misa? Idiotas, capitalito. Aquí en el infierno somos personas de orden... aquí hay gente muy buena y distinguida... Aquí tenemos (despectivo) *reyes, cupletistas, aviadores, diputados a Cortes, generales, ministros, sargentos de la guardia civil, damas del Auxilio Social, embajadores, jefes superiores de Administración, queridas de camaradas, banqueros, pelotas, dictadores, ateneístas, tipos cómicos, guatapines, suegras, altifranes, sociólogos, hijas de María... Son hombres y mujeres que pecaron y que lo pasan aquí tan ricamente. ¿Cómo van a tolerar la compañía de usted, que es un monstruo?*

(En ese momento se oye jaleo en el fondo, como si alguien estuviera de juerga: pipios, rasgueo de guitarra, taconeo y ritmo flamenco de palmadas. Una voz de vieja chata: *Y'amapola... Y'amapola...* Una voz de general ibero: *¡Pole! ¡Que le re'ta notlo!*... Una voz de arzobispo de Burgos: *¡Sentañas! ¡Cuchi!* Sigue la juerga).

Lucifer (explicando).—*Es la infanta Isabel que se está tomando unas cañas con don Miguel Primo de Rivera y el cardenal Benlloch... ¡Esas sí que son castizas!*

Hitler.—*¿Ve usted? ¿Y a mí no me deja entrar?*

Lucifer.—*¿Cómo se va usted a comparar con ellos, insensato? Después de lo que ha hecho en la tierra, usted ya no tiene sitio ni en el infierno. ¡Largo de aquí! ¡A paseo!*

Hitler.—*¿Pero voy a estar por ahí con el judío errante?*

Goebbels.—*Déjame hablar* (Preparándose para soltar un discurso) *¡Heil Hitler!* (Lucifer le tira dos teléfonos a la cabeza, y el ministro de Propaganda se calla).

Hitler.—*¿Y a Franco? ¿Lo va usted a admitir?*

Lucifer.—*¿Franco, quién? ¿A ese canallita? Primero hay que ahorcarlo...*

Hitler.—*Usted también se ha aprendido el estribillo de El Valiñero? ¡Qué falta de originalidad!*

Lucifer.—*No tengo ganas de perder el tiempo discutiendo. Aquí no se admiten monstruos como usted. ¡A paseo!... ¡Vuelva usted a la tierra y vaya a un campo de concentración de los que organizó usted mismo en Alemania!*

Hitler.—*Esa es su última palabra? ¿No me deja usted entrar? ¿No puedo quedarme aquí?*

Lucifer (retorciéndose un cuerno y echando humo por los ojos).—*¡No! ¡No! ¡No!*

(Los dos personajes salen del escenario, sin saber a dónde ir. Hitler suspira).—*Si supiéramos que Franco no nos habría de entregar a Stalin! ¡Pero, lo que ha hecho con Laval!... Se pierden hacia la nada sus pasos y sus tristes lamentos en el fondo del decorado del despacho de película).*

EL VALIÑERO

67
26 MAYO
45

A.P.C.E.
SIG.:
1.2e/1104